

# RESPUESTAS

POR

UNA

ANTROPOLOGÍA

REFLEXIVA

PIERRE BOURDIEU  
y LOÏC J.D. WACQUANT

**grijalbo**

SOCIOLOGÍA

## 1. Transmitir un oficio

Hoy quisiera, por excepción, tratar de explicitar un poco las intenciones pedagógicas con las cuales deseo llevar a cabo este seminario. En la próxima sesión, le pediré a cada uno de los participantes que se presente brevemente y exponga en pocas palabras el tema de su trabajo; esto, insisto, se hará sin preparación especial, en una forma muy natural. Lo que quiero escuchar no es un planteamiento formal, es decir, uno de tipo defensivo y centrado en sí mismo, que ante todo intente (lo cual es comprensible) conjurar el miedo a la crítica, sino una presentación sencilla y modesta del trabajo realizado, las dificultades encontradas, los problemas, etc. No hay nada más universal y universalizable que las dificultades. Cada uno de ustedes sentirá gran alivio al descubrir que muchas de las dificultades que atribuía a su torpeza o incompetencia personales son universalmente compartidas, y todos sacarán gran provecho de los consejos en apariencia muy individualizados que yo pueda ofrecer.

Debo señalar que, de paso, entre todas las disposiciones que quisiera poder inculcar, está la capacidad de concebir la investigación como una empresa racional; no como una especie de búsqueda mística, de la cual se habla con énfasis, para tranquilizarse, pero con lo cual sólo se logra aumentar el miedo o la angustia. Esta postura realista —lo cual no es sinónimo de cínica— está encaminada al máximo rendimiento de las inversiones y la óptima distribución de los recursos, empezando por el tiempo del que se dispone. Sé que esta manera de vivir el trabajo científico tiene visos de desencanto y que puede afectar la imagen que de sí mismos numerosos investigadores pretenden preservar. Sin embargo, tal vez sea la mejor e, incluso, la única forma de ampararse contra decepciones mucho más dolorosas, como la del investigador que cae de su pedestal después de muchos años de automistificación, durante los cuales dedicó más energías a tratar de conformarse a la idea exaltada que tiene de la investigación, es decir, de sí mismo como investigador, que simplemente a desempeñar su trabajo.

El planteamiento de una investigación es todo lo contrario a un *show*, a una exhibición donde uno trata de lucirse y demostrar su valía. Es un discurso en el cual *uno se expone*, asume riesgos (para estar más seguro de desactivar los sistemas de defensa y neutralizar las estrategias de autopresentación, quisiera poder tomarlos por sorpresa, dándoles la palabra sin que estén prevenidos o preparados; sin embargo, no se preocupen, sabré respetar sus titubeos). Mientras más se expone uno, mayores probabilidades tendrá de sacar provecho de la discusión, y más amistosas serán, de ello estoy seguro, las críticas o las sugerencias (la mejor manera de “liquidar” los errores, y los terrores que a menudo los motivan, sería riéndonos de ellos todos juntos).

Pienso presentar —lo cual haré sin duda en la próxima ocasión— investigaciones que estoy llevando a cabo actualmente. Así podrán contemplar en un estado que suele calificarse de incipiente, es decir, en un estado confuso, amorfo, trabajos que acostumbran descubrir en su forma *acabada*. El *homo academicus* aprecia mucho todo lo que es acabado. Al igual que los pintores ramplones, elimina de sus trabajos las pinceladas, los toques y retoques; llegué a experimentar gran ansiedad cuando descubrí que pintores como Couture, el maestro de Manet, habían dejado magníficos bocetos, muy cercanos a la pintura impresionista —la cual surgió muy a su pesar— y que, en muchas ocasiones, echaron a perder sus obras al darles la última mano exigida por la moral del trabajo bien hecho, bien acabado, de la cual la estética académica era la expresión. Procuraré presentar estas investigaciones en curso con su profusa confusión: dentro de ciertos límites, claro está, porque estoy consciente de que, socialmente hablando, no tengo tanto derecho como ustedes a la confusión, que ustedes me la perdonarán menos de lo que yo se las habré de perdonar y, en cierto sentido, con mucha razón (pero, a pesar de todo, con referencia a un ideal pedagógico implícito que, sin duda, debe ser puesto en tela de juicio; el que conduce, por ejemplo, a medir el valor de una enseñanza y su eficacia pedagógica, por la cantidad y la precisión de los apuntes que se hayan podido tomar).

Una de las funciones de un seminario como éste es la de brindarles la oportunidad de observar cómo se efectúa realmente el trabajo de investigación. No dispondrán de una reseña integral de todos los tanteos, de todas las repeticiones que han sido necesarias para llegar al informe final que los anula. Pero, la película acelerada que les habré de presentar les permitirá hacerse una idea de lo que acontece en la intimidad de un taller, comparable al del artesano o del pintor del Quattrocento, con todos sus titubeos, atolladeros, renunciadas, etc. Los investigadores más o menos avanzados presentan objetos que trataron de construir y son sometidos a preguntas; así, a la manera de un viejo “compañero”, como se dice en el lenguaje de los “oficios”, intento aportar la experiencia obtenida con base en todos mis tanteos y errores pasados.

La cúspide del arte es, desde luego, el ser capaz de hacer apuestas llamadas “teóricas” muy importantes sobre objetos “empíricos” bien precisos y, en apariencia, menores e incluso irrisorios. En ciencias sociales, se tiende a creer que la importancia social o política del objeto basta por sí sola para fundamentar la importancia del discurso que se le dedique; ésta es, sin duda alguna, la razón por la cual los sociólogos más propensos a medir su propia importancia a través de la importancia de los objetos que estudian, como aquéllos que actualmente se interesan en el Estado o el poder, son con frecuencia los menos atentos a los procedimientos metodológicos. En realidad, lo que cuenta es la construcción del objeto, y el poder de un método de pensamiento que nunca se manifiesta tan bien como en su capacidad para construir objetos socialmente insignificantes en objetos científicos, lo cual da lo mismo, en su capacidad para reconstruir científicamente, enfocándolos desde un ángulo inusitado, los grandes objetos socialmente importantes. Esto es lo que trato de hacer, por ejemplo, cuando parto de un análisis muy preciso de lo que es un *certificado* (de invalidez, aptitud, incapacidad, etc.), para entender uno de los principales efectos del monopolio estatal de la violencia simbólica. En este sentido, el sociólogo se encuentra hoy día en una situación muy semejante —*mutatis mutandis*— a la de Manet o de Flaubert quienes, para ejercer plenamente el modo de construcción de la realidad que estaban inventando, lo aplicaban a objetos tradicionalmente excluidos del arte académico —exclusivamente reservado a aquellas personas y cosas socialmente designadas como importantes—, lo cual hizo que se les tachara de “realistas”.

Hay que saber convertir los problemas muy abstractos en operaciones científicas completamente prácticas, lo cual supone, como se verá más adelante, una relación muy especial con lo que se suele llamar “teoría” o “empiría”. En esta empresa, los preceptos abstractos, tal como se presentan, por ejemplo, en *El oficio de sociólogo* —es preciso construir el objeto y poner en tela de juicio los objetos preconstruidos—, si bien tienen la virtud de despertar la atención y poner en alerta, no son de gran ayuda. Ello se debe, sin duda alguna, a que no existe otra manera de adquirir los principios fundamentales de una práctica —incluyendo a la práctica científica— como no sea practicándola con la ayuda de algún guía o entrenador, quien asegure y tranquilice, quien dé el ejemplo y corrija enunciando, *en la situación*, preceptos directamente aplicables *al caso particular*.

Desde luego, puede suceder que, después de haber asistido a dos horas de discusión sobre la enseñanza de la música, las artes marciales, el nacimiento de una crítica de jazz o los teólogos franceses, ustedes se pregunten si no han perdido su tiempo y si realmente han aprendido algo. No presenciarán bellas exposiciones relativas a la acción comunicacional, la teoría de los sistemas o incluso la noción de campo o de habitus. En vez de presentar, como lo hacía hace veinte años, una brillante explicación de la noción de

estructura en las matemáticas y la física modernas y de las condiciones de aplicación del modo de pensamiento estructural a la sociología (lo cual era, sin duda, mucho más “impresionante”), diré las mismas cosas, pero en una forma práctica, es decir, mediante comentarios de lo más triviales y banales, a través de preguntas elementales —tan elementales que uno omite con frecuencia plantearse—, y adentrándome, cada vez más, en los detalles de un estudio particular (no se puede dirigir realmente una investigación —puesto que de esto se trata— sino a condición de *hacerlo* en verdad *con* quien sea directamente responsable de ella, lo cual implica trabajar con cuestionarios, leer cuadros estadísticos, interpretar documentos, y sugerir, según el caso, hipótesis, etc.; es obvio que no se puede, en estas condiciones, dirigir realmente más que un número reducido de trabajos y que quienes pretenden “dirigir” una gran cantidad de ellos no hacen verdaderamente lo que pretenden estar haciendo).

Puesto que se trata de comunicar esencialmente un *modus operandi*, un modo de producción científica que presupone un modo de percepción y un conjunto de principios de visión y división, no hay otra manera de adquirirlo que viéndolo funcionar en la práctica u observando cómo (sin que, para ello, sea necesario emplear principios formales) este habitus científico, llamándolo por su nombre, “reacciona” ante decisiones prácticas: cierto tipo de muestreo, determinado cuestionario, etcétera.

La enseñanza de un *oficio* o, como diría Durkheim, de un “arte”, entendido como “práctica pura sin teoría”, exige una pedagogía que nada tiene que ver con la que se aplica a la enseñanza de *conocimientos*. Como puede observarse claramente en las sociedades carentes de escritura y escuelas —pero cabe señalar que esto también se aplica a lo que se transmite en las sociedades con escuelas e, incluso, en las escuelas mismas—, numerosos modos de pensamiento y de acción —a menudo los más vitales— se transmiten de la práctica a la práctica, mediante modos de transmisión totales y prácticos basados en el contacto directo y duradero entre quien enseña y quien aprende (“Haz lo mismo que yo”). Los historiadores y filósofos de las ciencias —y, sobre todo, los propios científicos— han observado con frecuencia que una parte muy importante del oficio de científico se adquiere de acuerdo con modos de adquisición totalmente prácticos; el papel de la pedagogía del silencio, en la que se hace poco hincapié en la explicitación tanto de los esquemas transmitidos como de los esquemas que operan en la transmisión, es sin lugar a dudas tanto más importante en una ciencia cuanto que los contenidos, los conocimientos, modos de pensamiento y de acción son, ellos mismos, menos explícitos y menos codificados.

La sociología es una ciencia relativamente avanzada, mucho más de lo que comúnmente se cree, incluso entre los sociólogos. Un buen indicador del lugar que ocupa un sociólogo en su disciplina sería la altura de la idea que tiene con respecto a lo que necesita saber para estar realmente a la altura del

acervo propio de su especialidad; la propensión a una aprehensión modesta de las capacidades científicas propias no puede menos que aumentar conforme se incrementa el conocimiento de las adquisiciones más recientes en materia de métodos, técnicas, conceptos o teorías. Pero la sociología aún se encuentra poco codificada y apenas formalizada. Por tanto, no es posible, como en otras disciplinas, remitirse a automatismos de pensamiento o a automatismos que sustituyan al pensamiento (la *evidentia ex terminis*, es decir, la “evidencia ciega” de los símbolos, que Leibniz oponía a la evidencia cartesiana) o, incluso, a todos los códigos de buen comportamiento científico —métodos, protocolos de observación, etc.— que caracterizan a los campos científicos más codificados. Así, para obtener prácticas conformes, es necesario contar con los esquemas incorporados del habitus.

El habitus científico es una regla encarnada o, mejor dicho, un *modus operandi* científico que funciona en la práctica conforme a las normas de la ciencia, pero sin partir de ellas: esta especie de sentido del juego científico hace que uno haga lo que se debe hacer en el momento preciso, sin que haya sido necesario tematizar lo que se debía hacer y, mucho menos todavía, la regla que permitiera exhibir la conducta apropiada. El sociólogo que intenta transmitir un habitus científico se asemeja más a un entrenador deportivo de alto nivel que a un profesor de la Sorbona. Enuncia pocos principios y preceptos generales. Puede, desde luego, enunciar algunos, como lo hice en *El oficio de sociólogo*, pero a sabiendas de que no debe limitarse a ello (en cierto sentido, no hay nada peor que la epistemología, cuando se convierte en un tema de disertación y en un *sustituto de la investigación*). Procede mediante indicaciones prácticas, en una forma muy similar a aquélla del entrenador que reproduce un movimiento (“En su lugar, yo haría esto”...) o mediante “correcciones” aplicadas a la práctica en curso y concebidas conforme al espíritu mismo de la práctica (“Yo no formularía esa pregunta, al menos no en esos términos”).

## 2. Pensar en términos relacionales

En ningún campo se aplican mejor estos principios que en la construcción del objeto, la operación sin duda más importante y, sin embargo, más ignorada, en particular en la tradición dominante, que se organiza en torno a la oposición entre la “teoría” y la “metodología”. El paradigma (en el sentido de realización ejemplar) de la “teoría” teórica es la obra de Parsons, un *melting pot* conceptual resultante de la recopilación meramente teórica (es decir, ajena a cualquier aplicación) de algunas grandes obras (Durkheim, Pareto, Weber, etc.) reducidas a su dimensión “teórica” o, mejor dicho, profesoral o, tal vez, al neofuncionalismo de Jeffrey Alexander, que es más cercano a nosotros. Producto de la enseñanza, estas recopilaciones eclécticas y clasificatorias sirven para la enseñanza, y solamente para ello. Por otra parte, está la “metodología”, un catálogo de preceptos que no competen ni a la epistemología, como reflexión encaminada a explicar los esquemas de la práctica científica, desde el punto de vista tanto de sus errores como de sus aciertos, ni tampoco a la teoría científica. Aquí, pienso en Lazarsfeld. La pareja Parsons-Lazarsfeld (y, entre ambos, Merton, con sus teorías de mediano alcance) constituyó una especie de *holding* “científico” socialmente muy poderoso que dominó, durante treinta años, el escenario de la sociología mundial. La división “teoría”-“metodología” constituye, por oposición epistemológica, una oposición constitutiva de la división social del trabajo científico en un momento dado (como la oposición entre profesores e investigadores). Creo que se debe rechazar categóricamente esta división en instancias separadas, porque estoy convencido de que no es posible restaurar lo concreto mediante la combinación de dos abstracciones.

En efecto, las elecciones técnicas más “empíricas” son inseparables de las elecciones más “teóricas” de construcción del objeto. Siempre es en función de cierta construcción del objeto que se impone tal método de muestreo, determinada técnica de acopio o de análisis de datos, etc. Más precisamente, un dato empírico cualquiera sólo puede funcionar como prueba o, como

dicen los anglosajones, como *evidence*, en función de un cuerpo de hipótesis derivado de un conjunto de premisas teóricas. Ahora bien, con mucha frecuencia se procede como si fuera evidente aquello que puede enarbolarse como *evidence*. Esto, en función de una *rutina cultural* impuesta e inculcada, las más de las veces, por la educación (los famosos cursos de “*methodology*” de las universidades estadounidenses). El fetichismo de la *evidence* conduce a rechazar trabajos empíricos que no aceptan como evidente la definición misma de *evidence*: cada investigador no reconoce el estatus de datos (*data*) sino a una fracción ínfima de lo dado; tampoco lo hace como debiera ser, con aquello que tiene derecho a la existencia científica en virtud de su problemática (lo cual es perfectamente normal), sino sólo con lo que está respaldado y garantizado por la tradición pedagógica a la cual pertenece y solamente por ésta.

Resulta significativo que puedan construirse “escuelas” o tradiciones alrededor de una técnica de acopio de datos. Por ejemplo, en la actualidad, algunos etnometodólogos sólo admiten el análisis de conversación que se reduzca al análisis de un texto extraído de su contexto, ignorando por completo los *datos* que pueden calificarse de etnográficos relativos al entorno inmediato (lo cual se designa, tradicionalmente, con el nombre de situación), para no mencionar los datos que permitirían ubicar la situación dentro de la estructura social. Estos “datos”, que suelen confundirse con lo *concreto* mismo, son en realidad producto de una formidable *abstracción* —lo cual sucede invariablemente, puesto que lo dado siempre es construido—, pero que, en este caso, se trata de una abstracción que se desconoce como tal. Así, tendremos monomaniacos de las distribuciones estadísticas, del análisis del discurso, de la observación participante, de la entrevista libre (*open-ended*) o profundizada (*in-depth*), de la descripción etnográfica, etc. La rígida adhesión a uno u otro de estos métodos definirá la pertenencia a una escuela; por ejemplo, los interaccionistas se identifican por su culto a la “etnografía”, y los etnólogos, por su pasión exclusiva hacia el análisis de la conversación. ¡Y se considerará una ruptura radical con el monoteísmo metodológico el hecho de combinar el análisis del discurso con el análisis etnográfico! Habría que llevar a cabo el mismo análisis con respecto a las técnicas de análisis, el análisis de variables múltiples, el de regresión, el *path analysis*, el *network analysis*, el *factor analysis*. Aquí, nuevamente, impera el monoteísmo. Ello se debe, sin duda alguna, a que da la apariencia de una base metodológica a la arrogancia propia de la ignorancia: la más elemental sociología de la sociología enseña que, con mucha frecuencia, las condenas metodológicas son una manera de convertir la necesidad en virtud, de aparentar ignorar (en el sentido activo de la palabra) aquello que simplemente se desconoce.

También habría que analizar la retórica de la presentación de los resultados que, cuando se transforma en exhibición ostentatoria de datos, métodos y procedimientos, sirve a menudo para enmascarar errores elementales de

construcción del objeto, en tanto que, por el contrario, al ser medida conforme a los parámetros de este exhibicionismo del *datum brutum*, la exposición rigurosa y económica de los resultados *pertinentes* suscita con frecuencia la desconfianza de los fetichistas del *protocolo* (en el doble sentido) de una forma de *evidence*... Pero, con el propósito de convertir en precepto positivo todas estas críticas, me limitaré a decir que es necesario cuidarse de todos los rechazos sectarios que se ocultan detrás de las profesiones de fe demasiado exclusivas, e intentar, en cada caso, movilizar todas las técnicas que, dada la definición del objeto, puedan parecer pertinentes y que, dadas las condiciones prácticas de acopio de los datos, sean utilizables en la práctica. Podemos, por ejemplo, emplear el análisis de las correspondencias para llevar a cabo un análisis del discurso (como lo hice en el caso de los discursos publicitarios de las diferentes empresas de producción de inmuebles industriales), o combinar el análisis estadístico más clásico con un conjunto de entrevistas profundizadas u observaciones etnográficas (como lo hice en *La distinción*). En fin, la investigación es una cosa muy seria y difícil para que podamos darnos el lujo de confundir la *rigidez*, que es lo contrario de la inteligencia y la inventiva, con el *rigor*, y prescindir de tal o cual de los recursos que puede ofrecer el conjunto de las tradiciones intelectuales de la disciplina, y de las disciplinas afines, como la etnología, la economía y la historia. Me dan ganas de advertir: “prohibido prohibir” o “cuidense de los perros guardianes metodológicos”. Desde luego, la extrema libertad que predico, y que me parece ser mero sentido común, tiene por contraparte una extrema vigilancia sobre las condiciones de empleo de las técnicas, sobre su pertinencia con respecto al problema planteado y sobre las condiciones de su aplicación. Descubro con frecuencia que nuestros apóstoles del rigor metodológico se muestran bastante indulgentes, incluso descuidados, en el empleo mismo de aquellos métodos de los que pretenden ser defensores...

Lo que haremos aquí tal vez les parezca irrisorio. Pero, ante todo, la construcción del objeto —por lo menos de acuerdo con mi experiencia como investigador— no es algo que se lleva a cabo de una vez por todas, mediante una suerte de acto teórico inaugural, y el programa de análisis u observaciones a través del cual se efectúa dicha construcción no es un plan elaborado de antemano, como el de un ingeniero: se trata de un trabajo de larga duración, que se realiza poco a poco, mediante retoques sucesivos y toda una serie de correcciones y rectificaciones dictadas por lo que llamamos la experiencia, es decir, este conjunto de principios prácticos que orientan las elecciones minúsculas y, sin embargo, decisivas. Por tanto, sólo basándose en una idea un tanto exaltada y muy poco realista de la investigación, podrá alguien sorprenderse de que dediquemos tanto tiempo a discutir detalles en apariencia ínfimos —incluso insignificantes—, como la cuestión de saber si el investigador debe proclamar su calidad de sociólogo u ocultarse detrás de

una identidad más aceptable —por ejemplo, la de etnólogo o historiador—, o si conviene más incluir determinada pregunta en un cuestionario destinado a un manejo estadístico o reservarla para un interrogatorio a los informadores, etcétera.

Esta atención a los detalles de los procedimientos de la investigación, cuya dimensión propiamente social (cómo encontrar buenos informadores, cómo dirigirse a ellos, cómo exponerles los propósitos de la investigación y, más generalmente, cómo “penetrar” en el entorno estudiado, etc.) no es la menos importante, debería tener el efecto de ponerlos en guardia contra el fetichismo de los conceptos y de la “teoría”, el cual tiene su origen en la propensión a considerar los instrumentos “teóricos”, como aquéllos de *habitus*, campo, capital, etc., en sí mismos, en vez de hacerlos funcionar, de aplicarlos.

La noción de campo es, en cierto sentido, la estenografía conceptual de un modo de construcción del objeto que habrá de regir —u orientar— todas las decisiones prácticas de la investigación. Funciona como un recordatorio: debo verificar que el objeto que me propongo estudiar no esté atrapado en una red de relaciones a las cuales deba la esencia de sus propiedades. A través de la noción de campo, se tiene en cuenta el primer precepto del método, que exige combatir por todos los medios la inclinación inicial a concebir el mundo social de modo realista o, como diría Cassirer, de manera *sustancialista* (véase *Substanzbegriff und Funktionsbegriff*): es menester pensar en términos *relacionales*. Ahora bien, resulta más fácil pensar en términos de realidades hasta cierto punto palpables, como grupos e individuos, que en términos de relaciones. Por ejemplo, resulta más accesible concebir la diferenciación social en forma de grupos definidos como poblaciones, recorriendo a la noción de clase o, incluso, a la de antagonismos entre estos grupos, que en forma de un espacio de relaciones. Los objetos ordinarios de la investigación son realidades señaladas al investigador por el hecho de que “se hacen notar” en cierta forma, “al plantear problemas” (por ejemplo, “las madres solteras del ghetto negro de Chicago”). Y, las más de las veces, los investigadores toman como objetos los problemas planteados por poblaciones delimitadas en una forma más o menos arbitraria, obtenidas mediante divisiones sucesivas de una categoría preestablecida, tales como “los ancianos”, “los jóvenes”, “los inmigrantes”, etc. Así tendremos, por ejemplo: “los jóvenes de los suburbios occidentales de Villeurbanne”. (En todos estos casos, lo primero que habría que hacer sería tomar como objeto el trabajo social de construcción del objeto preconstruido: ahí es donde se encuentra el verdadero punto de ruptura.)

Sin embargo, no basta con emplear las grandes palabras de la “gran teoría” para escapar al modo de pensamiento realista. Por ejemplo, con respecto al poder, se formularán interrogantes sustancialistas y realistas de localización (a la manera de los antropólogos culturalistas que se preguntaban sin cesar

sobre *the locus of culture*): algunos se interrogarán *en dónde está, quién lo detenta (Who governs?)*; otros, si procede desde arriba o desde abajo, etc., de la misma manera que ciertos sociolingüistas se preocupan por averiguar *en dónde* ocurre el cambio lingüístico, si entre los burgueses o los pequeño-burgueses, etc. A fin de romper con este modo de pensamiento —y no por el gusto de aplicar una nueva etiqueta a viejos odres teóricos—, hablaré del campo de poder (en vez de clase dominante, concepto realista que designa a una población muy tangible de detentadores de esta realidad, igualmente tangible, que recibe el nombre de poder): entendiéndose con ello las relaciones de fuerza entre las posiciones sociales que garantizan a sus ocupantes un *quantum* suficiente de fuerza social —o capital— para que estén en condiciones de participar en las luchas por el monopolio del poder, del cual son una dimensión capital las luchas por la definición de la forma legítima del poder (pienso, por ejemplo, en los enfrentamientos entre “artistas” y “burgueses” en el siglo XIX).

Dicho esto, una de las dificultades del análisis relacional estriba en que, la mayor parte del tiempo, no se pueden aprehender los espacios sociales sino bajo la forma de distribuciones de propiedades entre individuos. Esto, porque la información accesible está ligada a individuos. Así, para entender el subcampo del poder económico y las condiciones socioeconómicas de su reproducción, nos vemos obligados a interrogar a los doscientos empresarios franceses más importantes. Sin embargo, es indispensable cuidarse de la regresión hacia la “realidad” de las unidades sociales preconstruidas. Para ello, les sugiero que recurran a este instrumento muy sencillo y muy cómodo de construcción del objeto que es *el cuadro de los rasgos pertinentes de un conjunto de agentes o instituciones*; por ejemplo, al analizar diferentes artes marciales (la lucha, el judo, el karate, etc.), distintos establecimientos de enseñanza superior o diferentes periódicos parisinos, escribiré el nombre de cada una de las instituciones en un renglón y abriré una nueva columna toda vez que descubra una propiedad necesaria para caracterizar a una de ellas, lo cual me obligará a investigar, en todas las demás, la presencia o ausencia de dicha propiedad. Esto, en la fase puramente inductiva de localización. Luego, habrá que eliminar las superposiciones y reunir las columnas reservadas a rasgos estructural o funcionalmente equivalentes, de tal manera que pueda retener todos aquellos rasgos —y solamente éstos— que sean capaces de discriminar más o menos claramente a las distintas instituciones, o sea, los rasgos pertinentes. Este instrumento tan sencillo tiene la virtud de obligar a conceptualizar en términos relacionales tanto las unidades sociales consideradas como sus propiedades, las cuales pueden caracterizarse en términos de presencia o ausencia (sí/no).

Al costo de semejante trabajo de construcción, que no se lleva a cabo sino mediante una larga serie de tanteos, se construyen, poco a poco, espacios sociales que, aunque sólo se pueden conocer bajo la forma de relaciones

objetivas muy abstractas, las cuales no pueden palpase ni señalarse con el dedo, constituyen la esencia del mundo social. Los remito, por ejemplo, a un trabajo que acabo de publicar acerca de las grandes escuelas donde explico, mediante una especie de crónica muy resumida de una investigación cuya realización tomó cerca de dos décadas, cómo se pasa de la monografía, que tiene todo el aspecto de cientificidad, a un verdadero objeto construido: el campo de las instituciones escolares asegura la reproducción del campo del poder. Es menos fácil evitar la trampa del objeto preconstruido cuando se trata, por definición, de un objeto que me interesa, sin que conozca con precisión el verdadero motivo de este “interés”. Veamos el caso de la Escuela Normal: el conocimiento inicial que yo pueda tener de ella, el cual es tanto más pernicioso cuanto se experimenta como desmistificado y desmistificador, genera toda una serie de interrogantes sumamente ingenuos que cualquier estudiante de la Normal encontrará interesantes porque “se le ocurren espontáneamente” al normalista que se interroga acerca de su escuela, es decir, acerca de sí mismo: ¿Tienen los literatos normalistas un origen social más elevado que los científicos? ¿Contribuye el orden de ingreso a determinar la elección de las disciplinas, matemáticas o física, filosofía o letras, etc.? De hecho, la problemática espontánea, en la cual interviene un poderoso factor de complacencia narcisista, suele ser aún más ingenua. Para corroborar esto, harán bien en consultar las obras con pretensión científica que, desde hace unos veinte años, han sido dedicadas a tal o cual gran escuela. Al final, se podrá escribir un grueso volumen repleto de hechos en apariencia perfectamente científicos, pero que no tocarán lo esencial, a saber, al menos como lo creo, si la Escuela Normal, a la cual pueden unirme vínculos afectivos, positivos y/o negativos, producto de mis inversiones anteriores, no es, en realidad, más que un punto ubicado en un espacio de relaciones objetivas (un punto del que, por otra parte, habrá que determinar el “peso” en la estructura); y si, más precisamente, la verdad de esta institución radica en la red de relaciones de oposición y competición que la asimilan al conjunto de las instituciones de enseñanza superior, y que unen esta red misma al conjunto de las posiciones dentro del campo del poder, posiciones a las cuales el paso por las grandes escuelas permite el acceso. Si es cierto que lo real es relacional, resulta muy factible que yo no sepa nada de una institución acerca de la cual creo saberlo todo, porque ella no es nada fuera de sus relaciones con el todo.

De ahí, los problemas de estrategia que siempre se presentan, y que habrán de resurgir una y otra vez en nuestras discusiones sobre proyectos de investigación: ¿conviene más estudiar de manera extensiva el conjunto de elementos pertinentes del objeto construido o estudiar intensivamente un fragmento limitado de este conjunto teórico que carece de justificación científica? La elección que cuenta con mayor aprobación social, en nombre de una idea ingenuamente positivista de la precisión y la “seriedad”, es la

segunda: la de estudiar “a fondo un objeto muy preciso y circunscrito”, como opinarían los asesores de tesis. (Sería demasiado fácil demostrar cómo las virtudes pequenoburguesas de “prudencia”, “seriedad”, “honestidad”, etc., que podrían practicarse por igual en la gestión de una contabilidad comercial o un empleo administrativo, se transforman aquí en “método científico”.)

En la práctica, se planteará la cuestión de los límites del campo, asunto en apariencia positivista, al cual es posible dar una respuesta teórica (el límite de un campo es el límite de sus efectos o, en el otro sentido, un agente o una institución forma parte de un campo en la medida en que sufre y produce efectos en el mismo), contestación susceptible de orientar estrategias de investigación encaminadas a encontrar respuestas fácticas. A consecuencia de ello, uno casi siempre se enfrentará a la alternativa: análisis intensivo de una fracción prácticamente tangible del objeto o análisis extensivo del objeto verdadero. Pero la ganancia científica inherente al conocimiento del espacio dentro del cual se aisló el objeto estudiado (por ejemplo, una escuela particular), que es preciso tratar de entender, así sea someramente e, incluso, a falta de algo mejor, mediante informaciones de segunda mano, radica en que, al saber lo que uno está haciendo y conociendo la esencia de la realidad de la cual se *abstrajo* un fragmento, se hace posible por lo menos identificar las grandes líneas de fuerza del espacio cuya coacción se ejerce sobre el punto considerado (un poco a la manera de los arquitectos del siglo XIX, quienes realizaban, con carboncillo, admirables bocetos del conjunto del edificio donde se encontraba ubicada aquella parte que deseaban representar con todo detalle). Y, sobre todo, se evita el riesgo de buscar (y “encontrar”) en el fragmento estudiado mecanismos o principios que, en realidad, se hallan fuera de él, en sus relaciones con otros objetos.

Construir el objeto implica también que se asuma, ante los hechos, una postura activa y sistemática: para romper con la pasividad empirista, que tan sólo ratifica las preconstrucciones del sentido común, no es menester proponer grandes construcciones teóricas vacuas, sino abordar un caso empírico con la intención de construir un *modelo* —el cual no necesita adoptar una forma matemática o formalizada para ser riguroso—, combinar los datos pertinentes de tal manera que funcionen como un programa de investigaciones que planteen preguntas sistemáticas, aptas para suscitar respuestas igualmente sistemáticas, en fin, construir un sistema coherente de relaciones, que deberá probarse *como tal*. Se trata de investigar *sistemáticamente* el caso particular, constituido en “caso particular de lo posible” como dice Bachelard, para despejar sus propiedades generales o invariantes que sólo se pueden descubrir mediante este tipo de investigación (el hecho de que esta intención esté a menudo ausente de los trabajos de los historiadores se debe, sin duda alguna, a que la definición social de su tarea, la cual se encuentra inscrita en la definición social de su disciplina, es menos ambiciosa o

pretenciosa, pero también menos exigente, desde este punto de vista, que la que se impone al sociólogo).

El razonamiento analógico, que se apoya en la intuición razonada de las homologías (fundada, ella misma, en el conocimiento de las leyes invariantes de los campos), es un formidable instrumento de construcción del objeto: posibilita sumergirse por completo en la particularidad del caso estudiado sin ahogarse, como lo hace la ideografía empirista, y cumplir con el propósito de *generalización*, que es la ciencia misma, no mediante la aplicación de grandes construcciones formales y vacuas, sino a través de esta manera peculiar de conceptualizar el caso particular, consistente en concebirlo realmente como tal. Este modo de pensamiento se aplica en una forma totalmente lógica dentro y por medio del recurso al *método comparativo*, que permite conceptualizar en términos relacionales un caso particular constituido en caso particular de lo posible, apoyándose en las homologías estructurales existentes entre campos diferentes (el campo del poder universitario y el campo del poder religioso, a través de la homología propia de las relaciones profesor-intelectual y obispo-teólogo) o entre estados distintos del mismo campo (el campo religioso en la Edad Media y en la actualidad).

Si este seminario funciona como lo espero, se presentará como una realización social práctica del método que intento promover: ustedes escucharán a personas que, a pesar de que estén trabajando con objetos extremadamente variados, serán sometidas —y se someterán— a una interrogación siempre orientada por los mismos principios; de esta manera, el *modus operandi* que deseo transmitir se transmitirá en una forma en cierto modo práctica, sin que haya necesidad de explicitarlo teóricamente, mediante su repetida aplicación a casos diferentes. Cada quien, al escuchar a los demás, pensará en su propia investigación, y la situación de comparación institucionalizada así creada (el método, al igual que la moral, sólo funciona si logra inscribirse en los mecanismos de un universo social) la obligará, al mismo tiempo y sin contradicción alguna, a particularizar su objeto, a percibirlo como un caso particular (esto, en oposición a uno de los errores más comunes de la ciencia social, a saber, la universalización del caso particular), a generalizarlo, y a descubrir, mediante la aplicación de preguntas generales, los rasgos invariantes que pueda ocultar bajo la apariencia de singularidad. (Uno de los efectos más directos de este modo de pensamiento sería el de excluir la semigeneralización, que conduce a producir conceptos concretos-abstractos, resultantes de la introducción clandestina, en el discurso científico, de palabras o hechos autóctonos no analizados.) En la época en que yo era más directivo, recomendaba con insistencia a los investigadores que estudiaran por lo menos *dos* objetos: por ejemplo, en el caso de los historiadores, aparte de su objeto principal, es decir, determinado editor del siglo XVIII o los coleccionistas del Segundo Imperio, el equivalente contemporáneo de este objeto —una editorial parisina o un grupo de coleccionistas—,

porque el estudio del presente tiene, al menos, el efecto de obligar a *objetivar* y controlar las prenociones que el historiador siempre proyecta en el pasado, aunque sólo utilice, para designarlo, palabras contemporáneas (como la de “artista”, que hace olvidar que la noción correspondiente es una invención extraordinariamente reciente).

### 3. Una duda radical

Construir un objeto científico significa, primero y ante todo, romper con el sentido común, es decir, con representaciones compartidas por todos, trátense de simples lugares comunes de la existencia ordinaria o de representaciones oficiales, a menudo inscritas en instituciones y, por ende, tanto en la objetividad de las organizaciones sociales como en los cerebros. Lo preconstruido se encuentra en todas partes. El sociólogo está ligeramente asediado por lo preconstruido, al igual que todo el mundo. Su tarea es la de conocer un objeto, el mundo social, del cual es producto, de modo que los problemas que se plantea acerca de él, y sus conceptos —en particular, las nociones clasificatorias que emplee para conocerlo: nociones comunes, como los nombres de profesiones; nociones científicas, como aquellas que maneja la tradición de su disciplina— tienen todas las probabilidades de ser resultado de este mismo objeto. Lo cual contribuye a dotarlas de una evidencia —derivada de la coincidencia entre las estructuras objetivas y las estructuras subjetivas— que impide que sean cuestionadas.

¿Cómo puede el sociólogo poner en práctica la duda radical que es necesaria para poner en tela de juicio todas las premisas inherentes al hecho de que es un ser social y que, por tanto, está socializado y tiende a sentirse como pez en el agua dentro de este mundo social cuyas estructuras ha interiorizado? ¿Cómo puede evitar que el mundo social realice en cierto sentido, a través de su persona y de las operaciones inconscientes de sí mismas de las cuales él es el sujeto aparente, la construcción del mundo social, del objeto científico? El no construir, como lo hace el hiperempirismo positivista, que acepta sin cuestionamientos cuantos conceptos se le propongan (*achievement, adscription, profession, role*, etc.), sigue siendo un modo de construir, porque implica registrar —y ratificar— algo que ya está construido. La sociología ordinaria, que se ahorra el cuestionamiento radical de sus propias operaciones e instrumentos de pensamiento y que, sin duda alguna, consideraría semejante *intención reflexiva* como vestigio de una mentalidad

filosófica y, por ende, como remanente precientífico, está totalmente traspasada por el objeto que pretende conocer, y al que no conoce realmente porque no se conoce a sí misma. Una práctica científica que omite cuestionarse a sí misma no sabe, en realidad, lo que está haciendo. Atrapada por el objeto al que toma como objeto, revela algo de este objeto, pero algo que no está realmente objetivado, puesto que se trata de los principios mismos de la comprensión del objeto.

Sería fácil demostrar que esta ciencia semicientífica toma del mundo social sus *problemas*, sus *conceptos* y sus *instrumentos de conocimiento* y que, muchas veces, *registra* como *datum*, como dato empírico independiente del acto de conocimiento y de la ciencia que lo propicia, hechos, representaciones o instituciones que son *producto de un estado anterior de la ciencia*, en fin, que se registra a sí misma sin reconocerse...

Debo detenerme momentáneamente en cada uno de estos puntos. La ciencia social siempre está expuesta a recibir del mundo social que estudia los *problemas* que ella se plantea a propósito de él: cada sociedad elabora, en todo instante, un cuerpo de *problemas sociales* considerados como legítimos, dignos de ser discutidos, publicados, a veces oficializados y, en cierta forma, *garantizados por el Estado*. Se trata, por ejemplo, de los problemas propuestos a las grandes *comisiones* oficialmente designadas para estudiarlos y, también, en una forma más o menos directa, a los sociólogos mismos, a través de todas las formas de *demanda burocrática* (ofrecimientos, programas de estudio, etc.) y de financiamiento (contratos, subsidios, etc.). Numerosos objetos reconocidos de la ciencia oficial, títulos de trabajos, etc., no son sino problemas sociales introducidos de contrabando en la sociología (pobreza, delincuencia, juventud, educación, esparcimiento, deporte, etc.), los cuales —como lo demostraría un análisis de la evolución a través del tiempo de las grandes divisiones realistas de la sociología, tal como se expresan en las rúbricas de las grandes revistas o en las denominaciones de los grupos de trabajo participantes en los congresos mundiales de la disciplina— varían de acuerdo con las fluctuaciones de la conciencia social del momento. Ésta es una de las mediaciones a través de las cuales el mundo social construye su propia representación, sirviéndose para ello de la sociología y del sociólogo. Para este último, más que para cualquier otro pensador, dejar en la fase de impensado su propio pensamiento significa condenarse a no ser más que el *instrumento* de lo que pretende conceptualizar.

¿Cómo escapar de esta situación? ¿Cómo puede el sociólogo escapar de la persuasión clandestina que se ejerce en todo momento sobre su persona, cuando lee el periódico o ve televisión o, incluso, cuando reflexiona sobre los trabajos de sus colegas? El hecho de estar alerta ya es importante; pero, no basta con ello. Uno de los *instrumentos más poderosos de ruptura* es la historia social de los *problemas*, objetos e *instrumentos de pensamiento*, esto es, la historia del trabajo social de construcción de instrumentos de construc-

ción de la *realidad social* (como las nociones comunes de papel social, cultura, vejez, etc. o los sistemas de clasificación), que transcurre al interior mismo del mundo social en su conjunto o en tal o cual campo especializado y, muy particularmente, *en el campo de las ciencias sociales* (lo cual llevaría a asignar un programa y una función muy diferente de lo que son en la actualidad a la enseñanza de la historia social de las ciencias sociales; historia que, en lo esencial, aún no se escribe). Una parte importante del trabajo colectivo expresado en la revista *Actes de la recherche en sciences sociales* versa sobre la historia social de los objetos más ordinarios de la vida cotidiana: pienso, por ejemplo, en todas aquellas cosas que se han vuelto comunes y, por tanto, tan evidentes, que nadie les presta atención, tales como la estructura de un tribunal, el espacio de un museo, el accidente de trabajo, el aislador, el cuadro de doble entrada o, simplemente, la escritura o el registro. La historia así concebida no nace de un interés de anticuario, sino del deseo de entender por qué y cómo se entiende.

Para evitar ser el objeto de los problemas que se toman por objeto, hay que elaborar la historia social del surgimiento de dichos problemas, de su progresiva constitución, es decir, del trabajo colectivo —a menudo realizado en condiciones de competición y lucha— que fue necesario para conocer y reconocer estos problemas como *legítimos*, confesables, publicables, públicos y oficiales: podemos pensar en los problemas de la familia, el divorcio, la delincuencia, la droga, el trabajo femenino, etc. En todos los casos, se descubrirá que el problema aceptado como evidente por el positivismo ordinario (lo cual es el primer impulso de todo investigador) ha sido *socialmente producido* dentro de y mediante un *trabajo colectivo de construcción de la realidad social*; que fueron necesarios comités, reuniones, asociaciones, ligas de defensa, movimientos, manifestaciones, peticiones, demandas, deliberaciones, votos, tomas de posición, proyectos, programas, resoluciones, etc., para que lo que era y pudo haber seguido siendo un problema *privado*, particular y singular, se convirtiera en un *problema social*, un problema público del que se pueda hablar *públicamente* —pensemos en el aborto o la homosexualidad— o, incluso, en un problema oficial, objeto de tomas de posición oficiales, hasta de leyes y decretos. Aquí, cabría analizar el papel particular del campo político y, sobre todo, del campo burocrático: a través de la lógica muy particular de la *comisión burocrática*, que estoy examinando a propósito de la elaboración en 1975 de una nueva política de ayuda a la vivienda en Francia, este campo contribuye de manera decisiva a la consagración y constitución de los problemas sociales "*universales*". La imposición de la problemática experimentada por el investigador —como cualquier agente social—, y de la cual se constituye en intermediario toda vez que acepta estudiar, sin someterlas a examen, cuestiones de actualidad —al incluirlas, por ejemplo, en sus cuestionarios—, es tanto más probable cuanto los problemas *taken for granted* en un universo social son aquellos que tienen mayores

probabilidades de beneficiarse con *grants*, materiales o simbólicas, más oportunidad de ser, como se dice, *bien vistos* por los administradores científicos y las administraciones (esto es, por ejemplo, lo que hace que los sondeos, esta ciencia sin científico, sean completamente aprobados por los que poseen los recursos suficientes para solicitarlos, quienes se muestran tanto más críticos hacia la sociología cuanto más radicalmente rompa ésta con sus pedidos o solicitudes).

Solamente añadiré, para complicar aún más las cosas y mostrar cuán difícil, casi desesperada, es la situación del sociólogo, que el trabajo de producción de los problemas oficiales, es decir, aquéllos dotados de esta suerte de universalidad que les confiere el hecho de ser garantizados por el Estado, casi siempre admite, en la actualidad, a esos individuos a los que se ha dado en llamar *expertos*, entre los cuales se encuentran algunos sociólogos que se sirven de la autoridad de la ciencia para garantizar o sancionar la universalidad, la objetividad y el desinterés de la representación burocrática de los problemas. Esto significa que el sociólogo digno de este nombre, el que hace lo que se debe hacer, según yo, para tener alguna probabilidad de ser verdaderamente *el sujeto* de los problemas que pueden plantearse acerca del mundo social, debe tomar como objeto la contribución que la sociología, esto es, que sus propios colegas aportan, con toda buena fe, a la producción de los problemas oficiales: lo cual tiene todas las probabilidades de parecer una muestra insoportable de arrogancia o una traición a la solidaridad profesional, a los intereses corporativos.

En las ciencias sociales, como todos sabemos, las rupturas epistemológicas son a menudo rupturas sociales, rupturas con las creencias fundamentales de un grupo y, a veces, con las creencias básicas del gremio de los profesionales, con el acervo de certidumbres compartidas en que descansa la *communis doctorum opinio*. Practicar la duda radical en sociología equivale a romper con las reglas del juego. Esto es, sin duda, lo que experimentó Descartes quien, para asombro de sus comentaristas, nunca extendió a la política —sabemos con cuánta prudencia aludió a Maquiavelo— el modo de pensamiento que tan intrépidamente inaugurara en el campo del conocimiento.

Esto nos lleva a considerar los conceptos, términos y métodos que la *profesión* emplea para hablar del mundo social y conceptualizarlo. El lenguaje plantea un problema particularmente dramático al sociólogo: constituye, en efecto, un inmenso depósito de preconstrucciones naturalizadas y, por tanto, ignoradas en tanto que tales, las cuales funcionan como instrumentos inconsistentes de construcción. Así, podría citar, las *taxonomías profesionales*, trátase de los nombres de las profesiones utilizados en la vida cotidiana, o bien de las categorías o CSP empleadas por el INSEE (Institut National de la Statistique et des Études Économiques), un bello ejemplo de *conceptualización burocrática*, de universalidad burocrática, y, más en general, el ejemplo de todas las

clasificaciones (clases de edad, jóvenes-ancianos; clases sexuales, hombres-mujeres; las cuales, como sabemos, no escapan a la arbitrariedad social, etc.) que los sociólogos usan sin pensarlo mucho, porque son categorías sociales del entendimiento común a toda una sociedad o, tal como yo las denomino, categorías del entendimiento profesoral (los sistemas de adjetivos, brillante-mediocre, etc., utilizados para evaluar los trabajos de los alumnos o las virtudes de los colegas), y porque son patrimonio de su corporación (lo cual no impide que se fundamenten, en última instancia, en homologías estructurales, las oposiciones más básicas del espacio social, tales como raro-banal, único-común, etc.).

Pero, creo que es necesario ir aún más lejos y poner en tela de juicio no sólo la clasificación de las profesiones y los conceptos empleados para designar las clases de oficios, sino también el concepto mismo de profesión o, para decirlo en inglés, *profession*, que ha servido de base a todo un conjunto de investigaciones y que, para algunos, representa una especie de santo y seña metodológico. *Profession* es una noción tanto más peligrosa cuanto guarda todas las apariencias y, en cierto sentido, su empleo implica un avance en comparación con tantas mezcolanzas teóricas al estilo de Parsons. Hablar de *profession* significaba adherirse a una realidad auténtica, a conjuntos de individuos con un mismo apelativo, como los *lawyers*, dotados de un estatus económico más o menos equivalente y, sobre todo, organizados en asociaciones profesionales provistas de una deontología, instancias colectivas que definían las reglas de admisión al gremio, etc. *Profession* es una palabra del lenguaje común que pasó de contrabando al lenguaje científico; pero es, en especial, una *construcción social*, producto de todo un trabajo social de construcción de un grupo y de una *representación* de este grupo, que se introdujo subrepticamente en la ciencia del mundo social. Esto es lo que hace que el “concepto” funcione tan bien. Hasta cierto punto, demasiado bien: si usted lo acepta para construir su objeto, encontrará listas ya preparadas, centros de documentación que recogen información relacionada con él y quizá, si usted es hábil, fondos para estudiarlo. Remite a *realidades* en cierto sentido demasiado reales, porque alude, al mismo tiempo, a una categoría social —socialmente edificada al superar, por ejemplo, las diferencias económicas, sociales y étnicas que convierten a la *profession* de los *lawyers* en un espacio de competición— y una categoría mental. Pero si, al considerar el espacio de las diferencias que debió vencer el trabajo de *agregación* indispensable para construir la *profession*, me pregunto si acaso no se trata de un *campo*, entonces todo se complica. ¿Cómo extraer una muestra de un campo? Si, en un estudio acerca del campo de la magistratura, usted no tiene en cuenta al presidente de la Suprema Corte, o si, en un estudio sobre el campo intelectual francés durante la década de los cincuenta, omite considerar a Jean-Paul Sartre, su campo queda destruido porque estos personajes caracterizan, por sí solos, una posición. Hay posiciones en ciertos lugares que

rigen toda la estructura. En una muestra representativa de los escritores concebidos como *profession, no problem*.

Siempre y cuando se tome tal como se da, lo dado —los famosos *data* de los sociólogos positivistas— no da ningún problema. Todo camina sobre ruedas; todo es evidente. Las puertas se abren y también las bocas. ¿Qué grupo se atrevería a impugnar el sacrosanto registro del historiógrafo? Una encuesta referida a los obispos o los empresarios que acepte (tácitamente) la problemática episcopal o patronal podrá contar con el apoyo del secretariado del episcopado o del CNPF (Conseil National du Patronat Français), y los obispos o empresarios que comenten sus resultados no dejarán de otorgar un diploma de objetividad al sociólogo que supo dar una realidad objetiva —pública— a la representación subjetiva de su propio ser social. En resumidas cuentas, mientras usted se apegue a la apariencia socialmente constituida, tiene a su favor todas las apariencias, incluso las de la cientificidad. Por el contrario, cuando se proponga trabajar con un verdadero objeto construido, las cosas se complicarán: el avance “teórico” genera un aumento de dificultades “metodológicas”. Los “metodólogos” no tardarán en encontrar fallas en las operaciones que es preciso llevar a cabo para aprehender, mal que bien, el objeto construido. (La metodología se asemeja a la ortografía, de la cual se decía que era “la ciencia de los burros”. Es un censo de errores que sólo los estúpidos cometen. Para ser honesto, debo decir que, entre las *falacias* censadas, existen algunas que yo no hubiera podido descubrir. Pero, en su mayor parte, son faltas triviales, con las cuales se regocijan los profesores. Los sacerdotes, como lo recuerda Nietzsche, viven del pecado...) Entre las dificultades, está el asunto que acabo de mencionar, es decir, aquél de los límites del campo que los más intrépidos positivistas —cuando no omiten simple y sencillamente planteárselo, admitiendo tal como vienen listas ya preparadas— resuelven mediante una “definición operante” (“llamo escritor...”), sin advertir que la cuestión de la definición (“Fulano no es un *verdadero* escritor”) está en juego en el objeto mismo. Se batalla para averiguar quién participa en el juego, quién merece realmente el apelativo de escritor. La noción misma de escritor —y también, a pesar de todos los esfuerzos de codificación y homogeneización por homologación, el concepto de *lawyer*— está en juego en el campo de los escritores (o de los *lawyers*): la lucha en torno a la definición legítima, que tiene por apuesta —la palabra, por definición, lo indica— la frontera, el límite, el *derecho de entrada*, a veces, el *numerus clausus*, es característica de los campos dentro de su universalidad.

La abdicación empirista tiene a su favor todas las apariencias y todas las aprobaciones porque, al ahorrarse la construcción, deja al mundo social *tal cual es*, al orden establecido, las operaciones esenciales de la construcción científica, la elección del problema, la elaboración de los conceptos y categorías de análisis, y cumple así, aunque sea por omisión, una función básicamente conservadora, la de ratificar la doxa. Entre todos los obstáculos

contra el desarrollo de una sociología científica, uno de los peores es el hecho de que los verdaderos descubrimientos impliquen los *costos* más elevados y los beneficios más reducidos, no sólo en los mercados ordinarios de la existencia social, sino también en el mercado universitario, del cual cabría esperar una mayor autonomía. Como intenté demostrar a propósito de los costos y beneficios científicos y sociales de las nociones de *profession* y *campo*, a menudo es necesario, para ser científico, faltar a las apariencias de la cientificidad, incluso contravenir a las normas vigentes y desafiar los criterios ordinarios de rigor científico (podríamos, desde este punto de vista, examinar los respectivos estatutos de la sociología y la economía). Las apariencias no son más que apariencia. Muchas veces, la verdadera ciencia no se antoja muy atractiva y, para promover su avance, resulta con frecuencia necesario exponerse a no exhibir todas las señales externas de la cientificidad (las cuales son muy fáciles de simular). Entre otras razones, porque los *semihábiles* reparan en aparentes faltas a los cánones de la “metodología” elemental y porque su seguridad positivista los inclina a percibir como “faltas” y como efectos de la torpeza o de la ignorancia, elecciones metodológicas fundadas en un rechazo a las *facilidades* de la “metodología”.

No hace falta decir que la reflexividad obsesiva, la cual es condición de una práctica científica rigurosa, nada tiene que ver con el falso radicalismo de los cuestionamientos de la ciencia que hoy día proliferan. (Pienso en quienes introducen la vieja crítica filosófica de las ciencias sociales, más o menos actualizada, en el mundo de las ciencias sociales estadounidenses, cuyas defensas inmunológicas han sido aniquiladas paradójicamente por varias generaciones de “metodología” positivista.) El análisis de la lógica práctica y de las teorías espontáneas de las cuales se vale ésta para conferir un sentido al mundo no es un fin en sí mismo; como tampoco lo es la crítica de las premisas de los análisis de la sociología ordinaria (“arreflexiva”), en particular en materia de estadísticas. Se trata de un momento, absolutamente decisivo, de ruptura con los presupuestos del sentido común, sea ordinario o científico. Si es necesario objetivar los esquemas del sentido práctico, no es para demostrar que la sociología no puede ser más que un punto de vista acerca del mundo, ni más ni menos científico que cualquier otro, sino para separar a la razón científica de la razón práctica, para evitar que ésta contamine a aquélla, para evitar tratar como instrumento de conocimiento lo que debiera ser objeto de conocimiento, es decir, todo aquello que conforma el sentido práctico del mundo social, las premisas y los esquemas de percepción y comprensión. Tomar como objeto el sentido común y la experiencia inicial del mundo social en tanto que adhesión no tética a un mundo que no se constituyó como *objeto* frente a un sujeto, es precisamente una manera de evitar ser *atrapado* en el objeto, de transportar en la ciencia *todo aquello que posibilita* la experiencia dóxica del mundo social, es decir, no sólo la representación preconstruida de este mundo, sino también los esque-

mas cognoscitivos que forman la base de la construcción de dicha imagen. Y aquellos etnometodólogos que se atienen a la descripción de dicha experiencia, sin preguntarse sobre *las condiciones sociales que la vuelven posible*—esto es, la adecuación de las estructuras sociales y mentales, de las estructuras objetivas del mundo y de las estructuras cognoscitivas a través de las cuales es aprehendido—, no hacen más que reformular los interrogantes más tradicionales de la filosofía más tradicional con respecto a la realidad de la realidad: a fin de medir los límites de las apariencias de radicalismo que les confiere a veces su populismo epistemológico (ligado a la rehabilitación del pensamiento ordinario), basta con observar, por ejemplo, que nunca han advertido las *implicaciones políticas* de la experiencia dóxica del mundo que, en su calidad de aceptación fundamental—inaccesible a la crítica— del orden establecido, constituye el fundamento más seguro de un conservadurismo más radical que aquél que está encaminado a instaurar la *ortodoxia* política (como doxa derecha y de derecha).

#### 4. *Double bind* y conversión

El ejemplo que acabo de incluir, el de la noción de *profession*, no es sino un caso particular. En realidad, toda la tradición científica de la sociología debe ponerse en tela de juicio en todo momento, es decir, siempre hay que desconfiar de ella. De ahí, esta especie de *double bind* al que todo sociólogo digno de este nombre se encuentra continuamente expuesto: sin los instrumentos de pensamiento que heredó de su tradición científica, él no es nadie, si acaso, un aficionado, un autodidacta, un sociólogo improvisado y, muchas veces, no el mejor informado, por ser tan evidentes en algunos casos los límites de su experiencia social; empero, estos mismos instrumentos le exponen al peligro permanente de incurrir en el error, corriendo el riesgo de meramente sustituir la doxa ingenua del sentido común por la doxa del sentido común científico, la cual ofrece, con el nombre de ciencia, una simple transcripción del discurso propio del sentido común. Esto es lo que llamo efecto Diafoirus: muchas veces he observado, sobre todo en los Estados Unidos, que para entender realmente aquello de lo que habla tal o cual sociólogo, es preciso (y suficiente) haber leído el *New York Times* de la semana o del mes anterior, que el científico social traduce a este terrible lenguaje-pantalla, ni realmente concreto ni realmente abstracto, que le imponen, sin que se percate de ello, su formación y la censura del *establishment* sociológico.

Pero no es tarea fácil escapar a dicha alternativa: la ignorancia inerme del autodidacta desprovisto de instrumentos de construcción, o la semiciencia del semicientífico, quien acepta sin cuestionar categorías de percepción ligadas a un estado del mundo científico, conceptos semiconstruidos, más o menos directamente tomados del mundo social. Esta contradicción se hace más evidente en el caso de la etnología donde, debido a la diferencia de las tradiciones culturales y el resultante *estrangement*, no se puede sostener, como en sociología, la ilusión de una comprensión inmediata. Por ejemplo, debo confesar que si me hubiera lanzado “al terreno” sin haber leído antes a los etnólogos, quizás no habría advertido la diferencia radical que mis infor-

mantes, y el lenguaje mismo por ellos empleado, establecían entre la prima “paralela” y la prima “cruzada”. En este caso, o uno no advierte nada, o bien permanece encerrado en las categorías de percepción y modos de pensamiento (el juridismo de los etnólogos) heredados de sus antecesores (quienes, muchas veces, los heredaron de otra tradición científica, como la del derecho romano). Ello favorece una especie de *conservadurismo radical*, tendiente a reproducir la doxa científica.

De ahí la antinomia de la pedagogía de la investigación: debe transmitir instrumentos de construcción de la realidad, problemáticas, conceptos, técnicas y métodos, al mismo tiempo que una formidable disposición crítica, una inclinación a cuestionar dichos instrumentos (por ejemplo, las clasificaciones, del INSEE u otras, que no cayeron del cielo ni salieron ya estructuradas de la realidad). Es evidente que, al igual que cualquier mensaje, esta pedagogía tiene probabilidades muy desiguales de éxito, según las disposiciones socialmente constituidas de los destinatarios: la situación más favorable es la de aquellas personas que reúnen una cultura científica y cierta rebelión contra dicha cultura —ligada las más de las veces a una experiencia ajena al universo culto, lo cual hace que no se dejen engañar tan fácilmente— o, simplemente, cierta resistencia a la representación aséptica y falta de realismo del mundo social propuesta por el discurso socialmente dominante en sociología. Pienso en Aaron Cicourel, quien estuvo en suficiente contacto, durante su juventud, con los “delincuentes” de los *shums* de Los Ángeles, para cuestionar espontáneamente la representación oficial de los “delincuentes”: no cabe la menor duda de que esta familiaridad con el universo estudiado, así como su competencia estadística, lo incitó a plantear, ante las estadísticas de la delincuencia, objeciones que todos los preceptos metodológicos del mundo hubieran sido incapaces de generar.

Entre los obstáculos que debe prever una verdadera pedagogía de la investigación, se encuentra, ante todo, la pedagogía ordinaria de los profesores ordinarios, quienes refuerzan las disposiciones al conformismo inscritas en la lógica misma de la reproducción escolar y también, como dije, en la imposibilidad de acceder a “la esencia misma de las cosas” sin ningún instrumento de percepción. Estoy convencido de que la enseñanza ordinaria de la sociología, así como las producciones sociales resultantes de esta enseñanza y condenadas a volver a ella, constituyen hoy día el principal obstáculo al desarrollo de la ciencia social. Hay muchas razones para ello. Sólo recordaré una, la cual he mencionado muchas veces: ellas perpetúan y canonizan oposiciones más o menos ficticias entre autores (Weber-Marx, Durkheim-Marx, etc.), entre métodos (cuantitativo-cualitativo, macrosociología-microsociología, estructura-historia, etc.), entre conceptos, etc. Si bien son útiles para afirmar la existencia del profesor, quien de esta manera se coloca por encima de las divisiones que describe, estas operaciones de clasificación, como todas las síntesis falsas de una teoría desprovista de

empiría y todas las advertencias castrantes e inútiles de una “metodología” sin conceptos, funcionan ante todo como *sistemas de defensa* contra los verdaderos avances científicos que amenazan el falso saber de los profesores. Las primeras víctimas son, claro está, los estudiantes: salvo disposiciones especiales, es decir, a menos de que sean especialmente *indóciles*, están condenados a permanecer siempre en la retaguardia de una guerra científica o epistemológica, al igual que los profesores. Esto se debe a que, en vez de hacerlos empezar, como sería lo correcto, ahí donde han llegado los investigadores más avanzados, se les vuelve a colocar una y otra vez —ésta es una de las funciones de culto escolar a los clásicos, que es todo lo contrario a una verdadera historia crítica de la ciencia— en terrenos probados, donde se les obliga a librar eternamente batallas pasadas.

A riesgo de aparentar llevar al extremo la duda radical, quisiera evocar las formas más perversas que puede asumir, en sociología, el pensamiento perezoso: por ejemplo, el caso, por cierto muy paradójico, en que un pensamiento crítico, como el de Marx, puede funcionar en el estado de impensado, no sólo en los cerebros de los investigadores, ya sea que defiendan o no a Marx, sino también en la realidad que ellos registran como mera constatación. Realizar sin más una encuesta acerca de las clases sociales, su existencia o inexistencia, su número y su carácter antagonico o no, como muchas veces se ha hecho, sobre todo con la intención de refutar la teoría marxista, significa tomar por objeto, sin percatarse de ello, los vestigios existentes en la realidad de los efectos producidos por la teoría de Marx a través, en particular, de los esfuerzos de los partidos y sindicatos que han intentado “promover la conciencia de clase”.

Lo que aquí afirmo acerca del efecto teórico que puede ejercer la teoría marxista de las clases sociales, y del cual la “conciencia de clase” empíricamente cuantificada es en parte producto, sólo constituye un caso particular de un fenómeno más general: la existencia de una ciencia social y de prácticas sociales inspiradas por esta ciencia, como los sondeos de opinión, las recomendaciones en materia de comunicación, la publicidad, etc.; pero también la pedagogía o, incluso, con creciente frecuencia, la acción de políticos o altos funcionarios, hombres de negocios o periodistas, etc., hacen que sea cada vez mayor el número de agentes, en el seno mismo del mundo social, que empeñen en su práctica y sobre todo en su labor de reproducción de las representaciones del mundo social, conocimientos doctos, cuando no científicos. De manera que la ciencia corra, cada vez más a menudo, el riesgo de registrar inadvertidamente los productos de prácticas pretendidamente científicas.

Por último, y de manera más sutil, la sumisión a los hábitos de pensamiento, incluso a aquéllos que en otras circunstancias podrían ejercer un formidable efecto de ruptura, puede conducir también a formas inesperadas de ingenuidad. Y no dudo en afirmar que el marxismo, en sus usos sociales más

comunes, constituye a menudo la forma por excelencia, por ser la más *insuspechable*, de lo *preconstruido científico*. Vamos a suponer que nos proponemos estudiar la “ideología jurídica”, “religiosa” o “profesoral”. La palabra ideología pretende marcar la ruptura con las representaciones que los propios agentes tratan de conferir a su propia práctica: significa que no se deben tomar al pie de la letra sus declaraciones, que éstas obedecen a ciertos intereses, etc.; pero, dentro de su violencia iconoclasta, conduce a olvidar que la dominación, de la cual es necesario escapar para objetivarla, sólo se ejerce porque se le desconoce como tal. En consecuencia, hay que reintroducir en el modelo científico el hecho de que la representación objetiva de la práctica debió ser construida contra la experiencia inicial de dicha práctica o, si se prefiere, que la “verdad objetiva” de esta experiencia es inaccesible a la experiencia misma. Marx permite derribar las puertas de la doxa, de la adhesión ingenua a la experiencia inicial; pero, detrás de la puerta, se encuentra una trampa, y quien confía en el sentido común científico olvida volver a la experiencia inicial que la construcción científica dejó en suspenso. La “ideología” (a la que, ahora, más valdría designar con otro nombre) no se manifiesta ni se reconoce a sí misma como tal, y debe a este desconocimiento su eficacia simbólica. En resumidas cuentas, no basta con romper con el sentido común ordinario, ni con el sentido común científico bajo su forma ordinaria; hay que romper con los instrumentos de ruptura que anulan a la misma experiencia que les sirvió de fundamento. Y esto, para construir modelos más completos que abarquen tanto la ingenuidad inicial como la verdad objetiva que ella oculta y en la cual, mediante otra forma de ingenuidad, repara la gente semicapacitada, la que se cree más lista. (Aquí, no resistiré a la tentación de señalar que el placer de sentirse listo, desmistificado y desmistificador, de jugar a los desencantadores desencantados, motiva muchas vocaciones sociológicas... con lo cual sólo aumenta el sacrificio requerido por el rigor metodológico.)

Cuando se trata de conceptualizar el mundo social, es imposible sobrestimar las dificultades o las amenazas. La fuerza de lo preconstruido radica en el hecho de que, por estar inscrito tanto en las cosas como en los cerebros, se presenta bajo las apariencias de la evidencia, que pasa inadvertida por su carácter manifiesto. La ruptura es, de hecho, una *conversión de la mirada* y podemos afirmar, en relación con la enseñanza de la investigación sociológica, que ante todo debe “proporcionar nuevos ojos”, como a veces dicen los filósofos iniciáticos. Se trata de producir, si no “un hombre nuevo”, por lo menos “una nueva mirada”, una *mirada sociológica*. Y esto no es posible sin una verdadera conversión, una *metanoia*, una revolución mental, un cambio en toda la visión del mundo social.

Aquello que llamamos “ruptura epistemológica”, es decir, el cuestionamiento de las preconstrucciones ordinarias y de los principios que suelen aplicarse para llevar a cabo estas construcciones, a menudo implica una

ruptura con modos de pensamiento, conceptos y métodos que tienen en su favor todas las apariencias del *sentido común*, del buen sentido ordinario y del buen sentido científico (todo lo que la disposición positivista dominante venera y reconoce). Sin duda, ustedes comprenderán que cuando se está convencido, como yo lo estoy, de que la primera tarea de la ciencia social —y, por tanto, de la enseñanza de las técnicas de investigación en ciencias sociales— es establecer como norma fundamental de la práctica científica la conversión del pensamiento, la revolución de la mirada, la ruptura con lo preconstruido y con todo aquello que, en el orden de lo social —y en el universo científico— lo sustenta, siempre se le considere sospechoso de ejercer un magisterio profético y exigir una conversión personal.

Teniendo una conciencia muy aguda de las contradicciones propiamente sociales de la empresa científica que he intentado describir, me he visto obligado muchas veces a preguntarme, ante un trabajo sometido a mi evaluación, si debo realmente tratar de imponer la visión crítica que me parece indispensable para la construcción de un verdadero objeto científico, haciendo una crítica del objeto preconstruido que siempre presenta el riesgo de aparecer como una violación, como una suerte de anexión. La dificultad es tanto más grande cuanto, en ciencias sociales, la base del error casi siempre radica, por lo menos de acuerdo con mi experiencia, en disposiciones socialmente constituidas y también en temores y fantasmas sociales; de tal manera que a menudo resulta difícil enunciar públicamente un juicio crítico que, a través de prácticas científicas, atañe en realidad a las disposiciones más profundas, íntimamente ligadas al origen social, el sexo, así como al grado de consagración escolar anterior: pienso, por ejemplo, en la excesiva humildad (más probable entre las muchachas que los muchachos, entre los investigadores de origen “humilde” —como se dice a veces— y los menos consagrados escolarmente, etc.), la cual no es menos funesta que la arrogancia (la postura correcta consistiría, en mi opinión, en una combinación muy improbable de cierta ambición con una modestia muy grande, indispensable para entrar en el detalle del objeto). Y el director de investigación descomulgado de cumplir realmente con su papel, debería a veces asumir el rol bastante peligroso y, en todo caso, injustificable, de “director de conciencia”.

De hecho, la ayuda más decisiva que la experiencia permite brindar al investigador principiante consiste en incitarlo a tomar en cuenta, durante la definición de su proyecto, las condiciones reales de ejecución, es decir, los recursos (por ejemplo, en términos de tiempo y destrezas específicas), de que dispone (en particular, la naturaleza de su experiencia social y la formación recibida), así como las posibilidades de acceso a informantes, informaciones, documentos, fuentes, etc. Muchas veces, el vínculo ideal entre un investigador y “su” objeto sólo puede lograrse al término de un verdadero trabajo de socioanálisis, a través de toda una serie de fases de sobreinversión y desinversión.

La sociología de la sociología, bajo la forma muy concreta de la sociología del sociólogo, de su proyecto científico, sus ambiciones o dimensiones, sus atrevimientos y temores, no es un complemento espiritual ni tampoco una suerte de lujo narcisista: la *toma de conciencia* con respecto a las disposiciones favorables o adversas asociadas a sus características sociales, escolares o sexuales, ofrece una oportunidad, sin duda limitada, de controlar dichas disposiciones. Como la sabiduría, según los estoicos, la sociología de la sociología en nada influye sobre el primer movimiento, pero permite controlar el segundo... Las trampas de los impulsos sociales son innumerables, y el estudio sociológico del propio universo puede ser la manera más perversa de satisfacer, mediante procedimientos sutilmente desviados, aquellos impulsos reprimidos. Por ejemplo, un antiguo teólogo convertido en sociólogo puede, cuando estudia a los teólogos, incurrir en una suerte de regresión y expresarse como teólogo o, peor aún, servirse de la sociología para saldar cuentas de teólogo. Lo mismo sucederá en el caso del antiguo filósofo, quien siempre estará expuesto al peligro de encontrar en la sociología de la filosofía una manera de librar, por otros medios, guerras filosóficas.